

Se nos muere el puertorriqueño¹

por CARLOS J. RAMOS

No se debe juzgar un hombre por lo que conoce, sino por lo que ama.

SAN AGUSTÍN

¿Muerto? Pareciera estar vivo a nuestro alrededor. Sí, admitimos, que se le nota apático, como resignado a su suerte. Igual que el ratón entre el gato y la pared. Cuando ya no se puede luchar, sencillamente se acepta el trágico destino. Lo veo en las caras de los estudiantes, cuando les pregunto y me contestan con el silencio. Lo noto en aquel pobre muchacho, de familia extremadamente pobre, que chillaba gomas en la Guancha, con su Chevy II «prepara». Lo noto en el escepticismo, cuando me dicen,

1. El presente ensayo es producto de muchas lecturas, discusiones, asistencia a conferencias y en suma, de mi carrera estudiantil hasta el presente. Imposible desgranar esta síntesis entre lo original y lo aprendido. Imposible dar crédito al autor original de cada idea. Un amigo, al leerlo, me dijo que era «puro Ortega y Gasset» —cuando no había sino repasado yo superficialmente a Ortega al momento de escribir el ensayo—. En general, pues, deseo acusar la influencia consciente de los siguientes autores, en orden de importancia: Louis Althusser y Paul Ricoeur; Gabriel Marcel; Pablo Freire; el P. William Ferree, SM; y, finalmente, Don Francisco J. Carreras. Por lo demás, acuso mi asimilación cultural y mis limitaciones humanas.

«Siempre será igual»;
«hay que ser prudente»;
«necesito el diploma»;
«el dinero no lo es todo, pero ayuda...»;
«hay que halar con los bueyes que se tienen...»;
«qué usted quiere».

Verdaderamente pareciera que hace falta entusiasmo por la vida.

Pero tampoco pareciera que está muy muerto, este hombre puertorriqueño. Se le nota muy activo en los medios de comunicación: prensa, TV. Se le nota muy caliente en las discusiones de cafetín. Se le ve muy entusiasmado como multitud que asiste a los juegos de pelota, de baloncesto. Se le siente su calor humano cuando uno le visita y él le ofrece una taza de café.

Con todo, tendemos a ser más pesimistas que optimistas. Lo he comprobado durante un año y dos veranos de enseñanza: en ninguno de mis cursos dejé de asignar una composición-discusión sobre «El problema de Puerto Rico». En un grupo, la contestación fue unánime: el problema es de índole económica. Ni tan siquiera una voz disidente se alzó. En los otros grupos, siempre el problema económico preocupó a la mayoría. El segundo problema en orden de número de estudiantes preocupados fue el de las drogas. El resto de los problemas mencionados fueron el del periodismo, los programas de televisión, la crianza de los hijos... y muchos más. Pero en escaso número de estudiantes preocupados por ello. Una estudiante —sólo una— se mostró preocupada por la religión como problema en P. R. En fin, que todas las contestaciones pecaron de pesimismo, porque no le vieron solución a «El problema de Puerto Rico».

Al finalizar mi última clase y tras haber bregado con el grupo de estudiantes más entusiastas en torno a «nuestro problema», hice lo que no había hecho en ningún otro curso hasta ese momento: expresar mi modo de ver en el asunto. Los apuntes de ese curso son los que ofrezco a continuación, algo que espero no sirva para finalizar un diálogo, sino para continuarlo con mayor ímpetu. Negarnos a aclarar este asunto, es declararnos muertos: como el ratón contra la pared.

¿Cómo hablar de este muerto? ²

Se puede hablar del «hombre puertorriqueño», con certeza científica: se puede conocer la veracidad de este hombre; se puede afirmar no sólo *que existe*, sino *cómo* existe. Cuando digo que se puede hablar «con certeza científica», quiero decir que se puede formular la verdad objetiva acerca de este señor, el hombre puertorriqueño. Es decir, que aquí no cabe un argumento de la subjetividad. A ver si el químico duda de la objetividad de los hidrocarburos, por ejemplo. Pues de ese mismo modo, podemos estudiar, analizar, *conocer* al hombre puertorriqueño. Y será una cobardía cogerle miedo a la verdad de ése nuestro conocer diciendo que «todo depende del cristal con que se mire». A ver si hay subjetividad en los juicios de los físicos en torno a las leyes de la termodinámica.

Ergo, sí se puede hablar de esto. El problema es cómo hemos de hablarlo. Por eso, quisiera que viésemos un poco lo que significaría eso de afirmar verazmente acerca del fenómeno hombre puertorriqueño.

Porque al preguntar por la Verdad, apuntamos no tanto a una entidad que existe por sí misma, cuanto a la cualidad a modo de ser de algo. No hablamos tanto de «la Verdad», cuanto de «lo verdadero» en contradicción con «lo falso».

Al hablar acerca de la Verdad, por tanto, hablamos acerca de la cualidad del juicio que dice «esto es», «esto no es»; y en un segundo término acerca del contenido del juicio.

De modo, que, primordialmente, existe la veracidad formal del juicio emitido y luego existe la veracidad de la correspondencia del juicio con la realidad.

La primera conclusión que sacamos aquí: la verdad le pertenece al juicio primero.

a) La veracidad del juicio acerca de lo sensible (lo aceptable por los cinco sentidos): no hay otro modo de comprobar la verdad

2. Estoy consciente de la falta de profundidad en la presentación de esta sección. El problema es más complicado que esto y estoy consciente de que se podría ampliar y detallar mejor. Se podría discutir más largamente, por ejemplo, «la objetividad» de las leyes de la termodinámica. Se podría también especificar mejor el tema de la epistemología. Pero creo que *por el momento* se entiende claro lo que he deseado presentar, estándose consciente de la simpleza del esbozo. La idea es *la presentación* de una problemática —una explicitación requeriría escribir un libro! Lo cual no viene al caso.

acerca de la realidad sensible que no sea a través de la experiencia, de la experimentación.

b) Se sigue, por tanto, que la veracidad acerca de las cualidades inteligibles —captables por la inteligencia— y que son resistentes en las cosas, en la realidad, sólo se consigue a través del razonamiento. Con esto no hacemos sino unirnos a toda la tradición de Occidente.

¿Cómo se puede sentir el hombre capacitado para conocer «la Verdad»?

Consideramos que es ésta una pregunta tonta e irrelevante. Por la experiencia sabemos que es desde el propio modo de existir en la realidad del hombre, el que exista una inquietud por conocer la realidad que habita y la realidad que él es, y que concomitante a esta inquietud existe también la inquietud por verificar la veracidad de sus juicios acerca de su realidad y de sí mismo. Perdón por el pleonasma.

Por tanto el hombre está instalado en «la Verdad» y a la vez, la busca, descubriéndola —como diría un Heidegger.

¿Cuál es nuestra verdad aquí y ahora?

Si hemos de hablar acerca de la verdad de la realidad que vivimos y que somos, debemos forzosamente referirnos a la estructura de nuestro conocimiento —clave de nuestra conciencia— en el mundo.

Será esa estructura la clave o código de nuestra vivencia existencial: como es la gramática la estructura-clave de nuestra actividad parlante. Esto porque sabemos, que, del mismo modo que no hablamos palabras incoherentes y aisladas, sino palabras que tienen un sentido dentro de un orden gramatical (palabras que sólo cobran sentido y significado dentro de ese orden; orden que a su vez es inconsciente en nuestra actividad parlante), así mismo creemos poder decir que los elementos de nuestra vivencia sólo tienen significado dentro del orden que se organiza en nuestra conciencia.

Es por esto que, al preguntar por la verdad de nuestra vivencia, preguntamos por la verdad de la estructura de nuestra conciencia.

Llegados a este punto podemos decir: pensar la realidad puertorriqueña, por ende, pensar la verdad acerca de ésta nuestra realidad, es pensarlo con ojos puertorriqueños. Sería una verdadera enajenación mirarnos con la aplicación de *standards* europeos o norteamericanos. Puerto Rico no puede ser juzgado por criterios extraños a su propia realidad.

No se puede buscar la erudición y ser «un hombre de cultura» queriéndose negar como puertorriqueño. Esto no quiere decir, sin embargo, que el método de una hermenéutica del puertorriqueño no exija de por sí mismo una cierta distanciaci3n de su objeto. Es decir, que si queremos hacer patente las articulaciones de la «gramática» del mundo del puertorriqueño, tenemos que por la fuerza separarnos del uso de esa «gramática», porque de lo contrario no la veremos. Sin embargo, el juicio de valor que habrá de caer sobre esa «gramática» no podrá ser a partir de cánones extranjeros a ella.

Solamente a partir de Puerto Rico se puede juzgar esta Isla y crear verdadera cultura en ella. Lo cual es totalmente contrario a la creaci3n de «animales de la especializaci3n» o de «bárbaros de la erudici3n», como les denominara Ortega y Gasset.

¿Cómo mira el hombre puertorriqueño?

Mira como alguien que está en una cierta etapa de superaci3n de sus necesidades, en este caso, de sus necesidades materiales.

Nos hemos hecho partícipes de la industrializaci3n, como medio de producci3n. La producci3n se ha mecanizado: no solamente albergamos en nuestro suelo grandes fábricas, sino también ayudamos a sintetizar nueva materia prima en nuestras petroquímicas. Nos hemos convertido también en grandes consumidores de productos industriales.

A través de las comunicaciones nos sentimos más cerca del resto del planeta. Nos hemos hecho partícipes de los adelantos de la medicina. De este modo, Puerto Rico se ha hecho partícipe de las grandes revoluciones del siglo pasado:

- la revoluci3n geográfica-de comunicaci3n;
- la revoluci3n científica-instrumental-del mundo;
- la revoluci3n en la medicina;
- la revoluci3n demográfica;
- la revoluci3n en los medios de producci3n y consumo;
- la revoluci3n de la técnica;
- la revoluci3n de revoluciones: la técnica de la administraci3n.

De este modo también nosotros participamos de la transformaci3n en el modo de ver la realidad.

¿Cómo nombramos el mundo? Con el lenguaje de la certeza técnica y científica. De hecho lo nombramos más abstractamente que nunca. Baste tomar un libro de política, de biología, de matemática, de economía...

Verdaderamente es alentador ver cuán lejos hemos llegado. Y de igual modo que el hombre creó mitos en otros tiempos para nombrar su realidad, así hoy también hemos creado, desde nuestro mito, el mito de la ciencia y de la técnica, un lenguaje de la esperanza.

El lenguaje de la esperanza lo conocemos a través de «el lenguaje de la queja» y lo expresamos en un doble modo: en el lenguaje de la realización estética y en el lenguaje de la justicia.

Por el lenguaje de la justicia deseo apuntar a la inquietud que todos sentimos frente al monstruo burocrático que hemos construido: lo mismo en Moscú que en Nueva York. Usamos este lenguaje cada vez que hablamos acerca del cómo se supone que trabaje nuestro sistema y del cómo falla en proveer distributivamente, conmutativamente, y socialmente.

Por lenguaje de la realización estética nombro la inquietud por la realización humana en la tecnópolis. Si el lenguaje de la justicia apuntaba al colectivo en su funcionamiento abstracto, en modelo, el lenguaje estético lo nombra el individuo en su desempeño o despliegue como persona en el mundo. Apunta al sentimiento de aprisionamiento y de manipulación que todos sentimos, al deseo por un «playfurl realization of life».

Llegados aquí desearíamos notar que aquella escisión que sentía el hombre platónico entre materia y espíritu, la siente el hombre hoy entre tecnología y estética.³

Y bien: el lenguaje siempre apunta a la actualización; y este lenguaje de la queja por la justicia y la realización estética, producen dos mitos (i. e. modos concretos de interpretar y manejar la realidad) que se despliegan en la acción de dos sociedades (frutos de un mismo árbol «la queja») en aparente contradicción: *el mito de la utopía socialista* (algo que Marx nunca hubiese admitido, pero que me parece es a lo que apunta el lenguaje del hombre hoy), como lo encontramos en la Unión Soviética; y *el mito de la libertad capitalista* como lo encontramos en los Estados Unidos.

La juventud hoy ha sentido un gran desencanto por no ver realizados a plenitud los mitos de nuestro tiempo. (El puertorri-

3. Esta idea fue explicitada por el doctor Francisco Carreras en una conferencia.

queño en particular lo expresa en su apatía —apatía, que, si creyésemos a Rollo May, bien podrá convertirse en violencia). Lo mismo en Praga que en las marchas contra la guerra de Vietnam; lo mismo en la combatividad estudiantil contra el ROTC en Río Piedras; lo mismo en el puño cerrado que se adivina dentro del bolsillo del estudiante que asiste forzado por la sociedad a un salón de clases. Se nota en la irracionalidad de los pasquines de protesta y en la música «salsera»: dos modos de expresión que verdaderamente vibran en el corazón del puertorriqueño. ¡Qué interesante sería hacer un análisis científico de los pasquines y «la salsa» como expresión de nuestra alma colectiva!

El lenguaje de la queja en todo caso es una protesta contra toda forma de totalitarismo. Por primera vez en la Historia parece posible el viejo sueño del cristiano medieval: la superación del egoísmo al nivel colectivo.

¿Qué conclusión?

Vista esta situación sostenemos que, para la humanización del hombre, es decir, para su actuación realizacional tanto en el plano colectivo como en el individual, debemos poner en ejecución el uso de la razón como facultad iluminante. En esto nos unimos a toda la tradición cultural de Occidente. Del mismo modo que la conciencia del perro, unida a su instinto animal, guía al perro en sus actividades vitales, así creemos que debe la razón guiar al hombre en su instalación vital.

Ahora bien, la actuación de la conciencia en la problemática puertorriqueña no puede efectuarse divorciada de la realidad tecnopolitana que vivimos y que vive nuestro mundo. Si hemos de hablar sobre la deshumanización en la tecnópolis, no será por un factor deshumanizante en la misma tecnología, sino por nuestro modo de hacer uso de la misma. Lo mismo se puede decir de la burocracia. No es el automóvil, ni las autopistas, ni las petroquímicas, las que deshumanizan. Eso sería un fetichismo. Es nuestro modo de usarlas, pervirtiendo su finalidad.

¿En qué consiste la deshumanización? En convertir al hombre en esclavo de algo en detrimento de su trabajo auténtico: su instalación en su realidad. Porque el hombre se instala *con* ese «algo», no *para* ese «algo».

El platonismo convirtió al hombre en esclavo de la Razón; an-

tes de enseñarle al hombre que la razón es una facultad por la cual el hombre se instala y se hace. En esa medida hizo un fetiche, cosificó a la Razón.

El fanatismo ideológico es eso: esclavizar al hombre a las ideas. El absurdo de, «Muerto por una idea...»

El cristianismo, en sus modos pervertidos de la beatería, esclaviza al hombre a cosas: al puro formalismo religioso de las velas y la superstición; al culto de las cosas, de los ídolos.

Existe también la beatería de la cultura...

Y así por el estilo.

¿Cómo nos pervierte nuestra sociedad puertorriqueña? El lenguaje velado de la justicia (la queja frente a la imperfección de la organización de la sociedad) y de la realización estética (el sentirnos impotentes: el sentirnos aprisionados; el sentir que «la vida es sólo sufrir y trabajar») me parece que apunta al sentimiento de enajenación, es decir, el de estar ajenos a nuestra verdadera finalidad en la existencia.

¿Para qué actuamos? ¿Para qué actualizamos nuestra acción en P. R.? Pareciera que sólo actuamos motivados por el dólar y con la finalidad de llegar al dólar.

Podemos decir que la deshumanización, antes de estar enraizada en la tecnópolis más bien radica en la reducción de nuestra realidad vital al factor económico de la producción y el consumo: algo análogo al papel que juega la Razón en un sistema platónico. Tan absurdo es subordinar la existencia al imperativo de la razón, como al de la producción y el consumo. Pero así de absurdo es también negar la importancia del papel que juega la razón, así como la economía en el despliegue e instalación del hombre.

Empuñarnos en una decisionalidad voluntariosa en este aquí y ahora y empeñarnos en la reconquista de nuestra personalidad auténtica, a esto le llamo yo, «el carácter estético del trabajo transformado de nuestra realidad».

¿Recuperaremos la decisionalidad perdida?

Habrá siempre pensado el lector que jamás era en serio eso de decir, «Se muere el puertorriqueño». Sin embargo, baste repasar el modo de hablar nuestro, baste repasar nuestro «idioma puertorriqueño», con su gramática anglo-hispana, y pronto caeremos en cuenta que, si no lo está, lo estará pronto; que se nos va muriendo

poco a poco entre los brazos de nosotros, los que pretendemos educar, e-ducir a este hombre puertorriqueño.

Finalmente, desearía subrayar tres elementos en la recuperación.

a) *La esperanza*: por la vía negativa. Existir en la esperanza es vivir en amor por la existencia. Des-esperanzarse es desesperarse, es volverse sobre sí mismo, tornarse egoísta. Faltarnos la esperanza es haber perdido el respeto por nuestra realidad. Des-éabamos que la realidad fuese como nosotros la queríamos y al perder la esperanza (de que fuese así) regresamos al infantilismo de llorar porque nuestros caprichos no eran satisfechos. La verdadera esperanza lleva implícita la reverencia por esta realidad (que nos rodea y que somos) que no se deja dominar por nuestros deseos voluntariosos: el desesperado está enajenado de la realidad.

b) *El amor*: por la vía positiva. Amar la realidad y el querer por nuestra existencia sobre-entiende un amor reverencial por la práctica de nuestra instalación en ésta, nuestra realidad. El que no ama no ve claro la naturaleza temporal de nuestro estar aquí. Como el desesperado, desea apoderarse del tiempo y hacer que éste se detenga. Como el niño empeñado en detener la corriente marina. Para ése que no reconoce la naturaleza de nuestra temporalidad como un *mitt-sein*, un *estar-con*; como un *mitt-uns*, un *estar-con-nosotros*; para ése, digo, sólo queda la alternativa del *tantrum* egoísta del niño sentado sobre la arena de la playa, enajenado de la corriente.

¡Ay de nosotros si el poder político-militar en Puerto Rico cayese en manos de quienes no entendiesen ni de esperanzas ni de amores! ¡Dios libre a Puerto Rico de los enajenados de la realidad!

c) *El entusiasmo y la confrontación de la teoría con la realidad*: Todos saboreamos en alguna ocasión el entusiasmo de un proyecto personal: un monumento, una estatua que íbamos a construir; una novela que íbamos a escribir; una poesía que se agitó, jugando con nuestra imaginación por varios días, hasta descargarse sobre el papel; o el simple estar ilusionado por una muchacha, que opacó totalmente el aburrimiento y las inconveniencias irritantes de una vida cotidiana... En momentos así nos sentimos llevados por las energías del cosmos. En momentos así orbitamos muy de cerca al nervio central de nuestro estar aquí: misterio del existir que se hace claro y patente en *el entusiasmo*.

Si la esperanza nos habla de aquel que imprudentemente trata de dominar la realidad; si el amor nos habla de aquel que desco-

noce la verdadera naturaleza de la historicidad; *la confrontación* nos habla de aquel que, a partir de la *phrónesis*, la prudencia, no cae en el exceso, en la *hybris*; es decir, en el dejarse dominar totalmente por la materia ni en querer dominar totalmente a la naturaleza.

Pesa sobre nuestros hombros el deber de contruir sobre lo que visualizamos. De no responder a esta inquietud de nuestra visión, nos hacemos desesperados, egoístas, miserables: estériles. Mas al cobrar plena conciencia de nuestra inquietud, construimos la teoría y la implementamos, tomando en cuenta la realidad ésta que somos y que nos sostiene.

¿Tautología? Sí, pensará alguno que no he dicho sino lo mismo que ya sabemos, tan sólo que en palabras enredadas para darme el guille de intelectual. (En palabras más formales: alguien me podrá juzgar un pedante.) Sin embargo, ¿por qué «no hay nada nuevo bajo el sol»? Es decir, ¿por qué continuamos usando el lenguaje del desespero? ¿Por qué decir, «Ese ideal es muy bonito, pero no es práctico»? Es decir, ¿por qué continuamos empeñados en congelar nuestra temporalidad?

Finalmente, existe el testimonio más contundente que me anima a escribir: el pensamiento triste, ése que pensamos desde el uso de razón y que le angustió tanto a Unamuno; ése que nos sobreviene en espasmos de tedio en la desolación interior; ése que nubla nuestra mirada en tardes de domingo...